APUNTES DE LA SUBLEVACIÓN FASCISTA

Impresiones de un militar republicano

por el coronel
LUIS ROMERO

OFICINAS DE PROPAGANDA
CNT FAI
BARCELONA

APUNTES DE LA SUBLEVACIÓN FASCISTA

IMPRESIONES DE UN MILITAR REPUBLICANO

por el coronel LUIS ROMERO

A DURRUTI, ASCASO y tantos y tantos caídos por la Libertad de España y del Mundo.

EL AUTOR

Albacete, enero de 1937.

UN RAPTO FRUSTRADO

Dijo Lenín: «*Cuando se hace la Revolución, no hay tiempo de escribirla*». Yo dejé la pluma el día de mi llegada a Rabat procedente del Zoco el Arbâa, y ya no he podido ni materialmente por falta de tiempo, ni moralmente por exceso de preocupaciones revolucionarias, seguir mi diario de operaciones hasta hoy, día 24 de enero de 1937, fecha en que, creyendo que voy a disponer de tiempo, vuelvo a cogerlo. Esta vez no someteré el relato a una forma de Diario, aunque sí procuraré atenerme a un orden cronológico rigurosísimo de los hechos en que he sido protagonista. o actor destacado.

El día de mi llegada a Rabat, cenaba en compañía de mi mujer, los cuatro policías escapados de Arbaüa y sus familias, en el Hotel Petit-Batel; precisamente en un comedor reservado e interior con objeto de no llamar la atención, ya que constituíamos una tropa un poco rara. Poco antes de terminar se me acercó a mi mesa el canciller Pinto, so pretexto de saludarme, con un señor joven que, después de darme la bienvenida, me dijo ser el secretario del señor Benazaí, director general de Asuntos Indígenas, que había estado en el puerto de Arbaüa hablando conmigo, y que tendría gran placer en tomar el café en mi compañía al terminar de cenar en el comedor. Acepté y, efectivamente, se sentó solo en el comedor a esperarme,

desde un sitio en que me veía. Terminé de cenar y al reunirme con él, se levantó y me dijo en correcto español: «Sería mejor en la terraza». Acepté, abrió la puerta y al entrar en la terraza que estaba completamente sola y a obscuras, me dijo: «Suba usted a este automóvil y daremos un paseo». El automóvil era de dos plazas, estaba en marcha y en el asiento suplementario de la parte posterior, un hermoso perro lobo. Rápido le contesté: «Tengo que ir con mis camaradas, porque me espera el cónsul general de España en la terraza de su hotel. Tuvimos un poco de forcejeo y por fin aceptó a que subiera uno, Manzanares; veríamos al cónsul y después seguiríamos él y yo solos, de paseo nocturno. Llegamos a la terraza del hotel y al divisar al cónsul Arnan, yo saludé alegremente. Bajamos y con gran sorpresa me dijo: «¡Pero si es el cónsul nuevo; yo creía que era el otro; yo me marcho!». Le cogí del brazo, a tiempo que le aseguraba que el señor Arnan era una persona agradabilísima. Cuando éste se hallaba ya a cuatro o cinco pasos, salió corriendo mi acompañante y, diciendo «hasta mañana», se metió en el automóvil, pisó el acelerador y desapareció a toda velocidad. Arnan, asombrado, me dijo: «Romero, he asistido, o mejor dicho, he frustrado un rapto estilo americano. Usted no puede ir solo ni un momento». Yo hice una mueca que quería ser una sonrisa, y me senté, ya un poco tranquilo, porque el paquete que me había tragado era de regulares proporciones. ¡Me había librado del «paseíto»! Desde aquella misma noche los anarquistas del falucho «Trementina», fugados de Huelva, pusieron una vigilancia a mi persona, dando orden de que en cuanto se intentase algo contra mí, se asaltara la Alta Residencia.

LA EXCESIVA BENEVOLENCIA DE LAS AUTORIDADES FRANCESAS

Las Juventudes socialistas y comunistas francesas de Rabat, se me presentaron y me pusieron al corriente de todas las andanzas de las autoridades francesas. El presidente, un joven comunista argelino, me enseñó la documentación en la que ponía en conocimiento de León Blum, todos los manejos italianos, y entre estos documentos, figuraba una copia de unas cuentas bancarias del Consulado General Italiano, en que aparecían pagos por valor de más de 9.000.000 de pesetas, efectuados por el Gobierno italiano, por mercancías para los rebeldes españoles. Estos entraban y salían en la Zona francesa, incluso de uniforme, y nadie les ponía el menor inconveniente. Los inconvenientes no eran nada más que para mí, y para los militantes del Frente Popular, lo mismo francés que español.

El jefe de Policía de Mequinez, me envió recado, diciéndome que no me fiase ni de españoles ni de franceses que no fueran del Frente Popular, pues todos eran fascistas más o menos encubiertos.

Tres días estuve en Rabat, y por fin salí en tren para Orán. Después supe que el mismo día que salí yo de Rabat, llegaron a Casablanca cuatro sujetos con pasaporte de Ceuta y acompañados por mi *amiguito del paseíto*. Dijeron que iban a encargarse del teniente coronel Romero. ¡Estaban frescos!

Los comunistas franceses habían dado aviso a todas las agrupaciones del Partido, de la ruta: Petit-Jean, Mequinez, Fez, Taza y Orán, y en todo el camino se me presentaban los maquinistas y fogoneros para ponerse a mi disposición. El Partido Comunista había tomado todas las medidas para mi feliz arribo a Europa. Al llegar a Orán, después de un viaje fatigadísimo de veinte horas, se me presentó la directiva de las Juventudes comunistas y socialistas, ofreciéndose para todo y comunicando al Comité del Partido Comunista en Port-Vendres mi próxima llegada. Los españoles de

Orán me acompañaron a todas partes; claro está que los españoles trabajadores manuales, pues los demás eran pura caverna reaccionaria, incluso el cónsul general, que estuvo a punto de ser *paseado*. En el barco se me ofrecieron unos muchachos del Frente Popular y me dieron toda suerte de noticias de la situación del ambiente fascista en Francia, en donde la máquina del Estado y los militantes eran más reaccionarios que en España. Un camarero y un fogonero, en nombre del Partido Comunista, pusieron a mi disposición a la tripulación. El capitán, que al final del viaje habló conmigo, pude comprobar que era un cavernícola de tomo y lomo.

Por fin, a las cuatro de la tarde del día 17 de agosto, desembarqué en Port-Vendres, con cuarenta y tantos camaradas, casi todos libertarios andaluces. ¡Un mes justo hacía que, en un prodigio de habilidad, burlé a los canallas que se llamaban mis compañeros y no eran más que asesinos vergonzantes!

MI LLEGADA A ESPAÑA

En tren hasta Cerbère y allí en caravana a pie pasamos el túnel; y, por fin, a la salida de éste, pudimos ver a los centuriones libertarios con sus gorros y banderas roja y negra. Me emocioné ante la impresión que supuso para mí, encontrarme la Revolución en marcha, mi Revolución: la de la bandera roja y negra. Cuando se enteraron aquellos *fieras* anarquistas de quién era yo, ya no hubo tregua, llevaban en vilo a mi mujer; el hecho de ir conmigo, era un salvoconducto. No registraron a nadie, y me llevaron al pueblo de Port-Bou en volandas. Todos se desvivían por obsequiarme y por convencerme para que me quedara unos días entre ellos. Llamaron a Barcelona, y Luis Companys contestó que me enviaba unos coches para que en seguida me trasladara a la capital. Cenamos, y a las doce de la noche en cuatro vehículos, uno para mi mujer y para mí, y los otros de escolta, salimos para Barcelona.

Muchas habían sido las fatigas y peripecias pasadas; pero, no obstante, el viaje fué para mi mujer y para mí impresionante. Noche obscura, camino accidentado, cada diez minutos una barricada que nos detenía con una vigilancia perfecta. Interrogatorio, documentación, etc., todo correctísimo, admirable de seriedad y espíritu revolucionario. ¡Qué alegría expresaban al oír mi nombre y estrechar mi mano! Para poder llegar no tuve más remedio que ocultar mi personalidad, y mi escolta decir que me llevaban conducido.

A la una de la madrugada pasamos por Gerona, donde me esperaban las autoridades revolucionarias que, sin dejarme bajar del coche, me dijeron que siguiera para Barcelona, porque allí me esperaba el Gobierno de la Generalidad. A las cuatro y media de la madrugada llegué al Palacio de la Generalidad. Al mes justo, volvía a pasar una noche en claro, con la diferencia de que ahora era entre los míos que me llamaban para abrazarme, y la noche de julio era huyendo de la piara fascista carnicera que bramaba venteando mi carne.

Hasta esta hora me esperaban Companys y España, y me mandaron al Hotel Suizo para que, después de descansar y de doce a doce y media, volviera a reunirme con ellos en la Generalidad.

LA OBRA DE LA C. N. T. SORPRENDE AGRADABLEMENTE AL VIAJERO

A las once, acompañado de mi mujer y de dos de los policías de Arbaüa, Manzanares y Torralba, fuí al Palacio de la Generalidad. Sin hacerme esperar ni un minuto salió Companys a darme un abrazo, y nos pasó a un salón en que estaba Casanova. Dos horas estuve hablando, y durante ellas hice un relato de mi odisea, y expliqué, cómo Inglaterra, cabeza visible del gran capitalismo europeo y su epígono Francia, eran los enemigos máximos de una España libre, socialista o socializante que, por su situación geográfica, venía a ser árbitro en Europa de las comunicaciones de Inglaterra y Francia con sus colonias, y, por ende, el talón de Aquiles de su imperialismo político-capitalista, dado el avance actual de la aviación y de la radiodifusión.

Al terminar yo, dijo Companys dirigiéndose a Casanova: «¿Has oído a Romero? Pues opino de una manera idéntica», y después, dirigiéndose a mí: «Pues la Revolución y el momento los ha ganado la C. N. T. y como lo hacen muy bien, no hay más remedio que reconocerlo y ayudarlos en cuanto podamos y esté a nuestro alcance. Tú, quédate con nosotros; visitas a Sandino y Guarner, a García Oliver y a los amigos y haces lo que creas mejor». Yo le respondí: «Agradecidísimo a vuestro cariño; pero yo me debo al Gobierno de Madrid como militar, y, sin su permiso, no puedo hacer nada. Decidlo a Madrid y yo me quedo aquí».

Salimos; nos fuimos al Hotel, y después a pasear, porque a mí me gusta verlo todo y que no me cuenten cuentos raros. ¡Estaba entusiasmado de la labor realizada por aquellos que algunos republicanos auténticos habían calificado de «bandidos con carnet!» ¡Qué bien. qué honrados y qué buenos sentimientos!

EN MARCHA HACIA MADRID

Al día siguiente fuí a ver a Sandino y a García Oliver. Un hermano de mi mujer, que estaba en Salou, llegó a verme con unos de la F. A. I. Estos, al enterarse de que era mi cuñado le pusieron un coche y le acompañaron para que me abrazara. Sandino y Oliver me propusieron que me quedara para organizar el frente de avance sobre Zaragoza. Yo les dije que consultaran a Madrid. El Gobierno del centro contestó por teléfono y con dos telegramas, que, con toda urgencia, me incorporase a Madrid y por el medio de locomoción más rápido. Al día siguiente y sin despedirme de nadie, creyendo así mejor cumplir mis deberes para con la Revolución, salí con un avión francés para Valencia y a mi mujer la dejé en Salou con sus hermanos y bajo la protección de la F. A. I. En el avión iban tres oficiales franceses, que, contentísimos, decían: «Por fin ha llegado usted y ya tendremos aviación eficiente y que decidirá el triunfo contra el fascismo, pues actualmente se está destrozando todo, por falta de dirección y falta de técnica aviatoria. Con usted aquí, tendremos todo esto arreglado».

Tomamos tierra en Valencia a la caída de la tarde; dormimos allí; y ya Valencia no me entusiasmó como Cataluña. Había «cabarets», había juergas, y no había seriedad revolucionaria, aunque había paseos en abundancia.

Tomamos tierra en Valencia a la caída de la tarde; dormimos allí; y ya vi que había mucho que no estaba ni medio bien. Dos aparatos «Junkers» alemanes, de pasajeros, se hallaban tranquilamente al lado de nuestros

pilotos y aparatos de guerra. Pregunto por el jefe, le comunico la impresión que el hecho me produce, y acto seguido hacen salir para Alcalá aquellos «Junkers». Veo un coche con bandera roja y negra, y en él me meto con los oficiales franceses a los que acompaño al Hotel Gran Vía y desde allí me voy al Ministerio de la Guerra, en donde es bastante la bandera roja y negra del automóvil y mi nombre para que nadie me ponga impedimentos. Por cierto que no llevaba otro documento que el pasaporte expedido en Rabat, pues como ya expliqué en mi huída de Alcazarquivir, de allí no saqué otra cosa que la piel y la gratitud a quienes me ayudaron a salvarme.

EN MADRID Y ANTE EL MINISTRO

Encuentro en la Sala de Ayudantes al capitán De la Roquette y, después de abrazarnos como viejos amigos y camaradas, paso a la Sala del Ministro donde me encuentro a Sarabia, el que fué siempre secretario de Azaña, al subsecretario Pólito Menéndez y algunos más. Sarabia se levantó y me dijo: «*Has llegado como agua de mayo; esta misma tarde sales para Oropesa para tomar el mando de 2.000 milicianos que hay allí, o debe haber, porque no se sabe nada seguro*».

La desatención con que se me trató y lo absurdo de la orden que recibía, de quien me había impedido que me quedase en Cataluña, y que con la máxima urgencia me había hecho incorporar, me sacó de mis casillas. ¿Era a mí, a quien tenía pruebas del proceder equivocado o traidor del Gobierno republicano, al que se trataba así? Contesté con la máxima violencia, diciéndoles que yo era de demasiada categoría revolucionaria para recibir órdenes tan absurdas. Añadí que lo menos que se me podía ocurrir cuando ni tiempo se tenía para preguntarme si necesitaba algo, después de mi terrible odisea, es que se me necesitaba para consultarme planes de Gobierno; pero que ya que no se me consultaba, yo les decía por mi cuenta, que era un ciempiés todo lo que se estaba haciendo, y que el punto neurálgico estaba en Andalucía, precisamente en Granada y en Cádiz.

Se me contestó con una partida de sandeces derrotistas, y yo, viendo aquel panorama verdaderamente singular en plena Revolución, marché diciéndoles: «Todo esto lo dejaré escrito, y si algo queréis de mí ahí dejo mis señas». Salí, abracé a Roquete, bajé a Aviación, le conté lo sucedido a Pastor, que me dió la razón, y me marché a ver a mis familiares que no sabían todavía mi llegada. Por la tarde encontré a Jurado que venía precisamente de Oropesa a buscarme, y que me dijo: «Ni allí hay columna, ni milicianos, ni hay nada; el jefe era yo y fíjate donde estoy». ¡Qué sorpresa, que nueva modalidad de *paseíto* me preparaba, el Gobierno republicano sucesor del Gobierno autor de la tragedia!

UN CONTRASTE NOTABLE DE CONDUCTAS

Al día siguiente fuí a la C. N. T., en la calle Fuencarral, y al Partido Comunista, en la calle Serrano. Checa me dió un salvoconducto, y Pepe Díaz y los camaradas del Comité Nacional, me dijeron después de oírme, que no cumpliera ninguna orden del Gobierno sin avisar al Partido. En el Partido y en poder de Pepe Díaz dejé los originales de mis escritos y documentos de mi odisea, y la carta para el Partido en Port-Vendres, agradeciendo el auxilio que los camaradas me habían prestado durante mi estan-

cia en Marruecos. Luego fuí a ver a mis amigos de la Cervecería del Pasaje, y allí vinieron a saludarme los viejos camaradas anarquistas Mauro Bajatierra, Adolfo Varea, Moreno, en fin, todos los viejos compañeros de lucha, que ya no me abandonaron ni un momento, y los cuales estaban asombrados del proceder de aquellos gobernantes revolucionarios que no me necesitaban, ni dejaban que ellos me emplearan.

La F. A. I. controló un coche a mi nombre y lo puso a mi disposición con un chofer confederado de los huídos de Larache, y yo en espera de acontecimientos fuí al Palacio de Liria para vivir en la casa que allí tenía mi cuñado. El portero de la casa en que yo vivía antes de ir a Marruecos, camarada comunista, me enseñó el piso que tenía el rótulo de «Incautado para el teniente coronel Romero». Visité en el Hospital al camarada Hierro, que me abrazó con el cariño que se abrazan los viejos militantes. Al poco tiempo llegaron mi mujer y mi cuñado, y todos juntos vivimos en el Palacio de Liria, con Prieto y la guardia comunista del Palacio.

El día de la retirada de Talavera, fuí llamado a las tres de la madrugada al Ministerio, y allí se me dijo que el asunto estaba muy grave y que hiciera un esfuerzo para que salieran las milicias de la C. N T. Con González Inestal, Palacios, Barceló y demás amigos se organizó la salida de la columna «Del Rosal», y ya no se me volvió a decir nada, hasta el día que se me llamó, a las doce de la noche, para pedirme que intercediera para que saliera para el frente la columna «Tierra y Libertad» que estaba en el Palace. A las diez de la mañana del día siguiente se me entregó un oficio nombrándome comandante militar de Málaga y su provincia, y ordenándome que saliera en un avión a incorporarme con toda urgencia, pues el jefe de Málaga decía que aquello estaba perdido. Hacía dos días que el Gobierno estaba presidido por Largo Caballero y formaban parte de él los comunistas.

MI VIAJE A MALAGA

El día 16 de septiembre, a la una de la tarde, subí acompañado de mi mujer y de varios amigos, al aeródromo de Getafe, donde comimos con Camacho y toda la oficialidad. Allí nos dijeron que hacía unas horas habían matado al teniente Urtubi, piloto de caza. Este fué el piloto que salió de Tetuán, mató en vuelo al observador y tomó tierra en Getafe.

A las cuatro y media y en un «Dragón» pilotado por Cremades, despegamos con rumbo a Málaga. El temporal nos frenó mucho y al hacerse de noche tomamos tierra en un poblado a 30 kilómetros al oeste de Caravaca. Ibamos Cremades, de piloto, un mecánico y yo, y verdaderamente pasamos un rato poco agradable, ya que aquellos pacíficos habitantes levantaron banderas blancas y, la verdad, en estas revoluciones las banderas blancas son muy escamantes. Aparecieron milicianos de los poblados lindantes en número de unos 30, armados de escopetas y al mando de un maestro de escuela. Dejé al piloto y al mecánico en el poblado y yo con el maestro de escuela y cuatro o cinco escopeteros, en una camioneta de carga marchamos para Caravaca, donde llegamos a la una de la madrugada del día 17. Dormí y a las siete de la mañana seguí a Los Alcázares, donde llegué a las doce. Comí con Ortiz y los oficiales y por la tarde fuimos a Cartagena a saludar al general Martínez Cabrera. El general me dijo que el enemigo había ocupado Ronda, y que la situación de Málaga era desesperada. Añadió que procurara apoyarme en la marinería del «Jaime I». Yo le dije que contaba con que una columna de la C. N. T. de Madrid

iría a Málaga para ayudarme. Muy rápido me preguntó: «¿Y quién va a controlar a los anarquistas?». Me río y le contesto: «Yo, que soy de la C. N. T.».

UN EQUIPAJE PINTORESCO Y UNA ORDEN ABSURDA

A las cinco y media salí de Cartagena por Murcia, para Almería, con un temporal de agua imponente, y con el chofer dormido de cansancio, hasta el punto de hacer paradas en plena carretera para descabezar un poco el sueño. Por fin, a las dos de la mañana del día 18 llegué a Almería. A las nueve de la mañana salí para Málaga. El temporal de agua era furioso. Pasé Motril y no pude seguir, porque la corriente se había llevado el puente de Salobreña. Volví a Motril y llamé al comandante del cañonero «Laya», y mientras comía en Motril puso listo el barco. Embarque a las cuatro de la tarde y a las cinco, en una barca pesquera, desembarqué en Almuñécar. ¡Qué alegría la de aquellos muchachotes del «Laya» por llevarme a mí! Almuñecar salió a saludarme. Tomé una cerveza y a las seis salí para Málaga en automóvil con unos obreros de la flota. A las nueve y media de la noche, entré en la Comandancia Militar, vestido con una cazadora cochambrosa, tocado con una boina y, por todo equipaje, un pañuelo, un par de calcetines en los bolsillos y un oficio en el que constaba que yo era el comandante militar de Málaga y su provincia. Dos meses justos se cumplían de mi odisea alcazareña.

En Los Alcázares y a las dos de la tarde del día 17, el jefe de Operaciones del Ministerio de la Guerra, me dijo, de orden del ministro Largo Caballero, que había sido autorizado el comandante militar de Málaga para hacer la retirada de las fuerzas hasta 25 kilómetros de distancia de la capital. Al oír semejante orden, colgué el teléfono y no contesté.

LA DIGNIDAD SE REBELA CONTRA UNA ORDEN

Entro en el despacho del comandante militar. Allí estaban en un pleno de Comités, dando órdenes de retirada y recibiendo a los jefes de las Unidades que ya se habían replegado a la Plaza y tomando disposiciones para la línea que se había de establecer a 25 kilómetros. Saludo y le digo al comandante militar: «Suspende la reunión porque soy el nuevo comandante militar, y no autorizo la retirada. Todas las tropas que se han retirado, que nuevamente vuelvan a ocupar las posiciones que se han abandonado, y que se ocupe Marbella, Estepona, El Burgo, Carratraca, Ardales y Agrón que se han abandonado».

Los reunidos quedaron sorprendidos, y entonces hice yo mi presentación. El Comité de Guerra estaba formado por Carro, Peña, Margalef, Salido y un muchacho de Izquierda Republicana; el comunista era Bolívar, que hacía unos días se había marchado para Rusia. También estaban presentes el sargento Del Río, jefe del regimiento de Vitoria y los Comités de la Guardia Republicana, Guardias de Asalto y Carabineros. Del Río chillaba en forma descompuesta y decía que había que aguantar el frente de Ronda y que por eso había ido corriendo a fortificar el pueblo de Monda que estaba en la carretera de paso para Málaga. Dijo también que lo había hecho por su cuenta, porque no veía buena fe en el proceder del Alto Mando. El comandante militar me presentó e hizo grandes elogios de

todos, incluso del comandante que había perdido Ronda y del teniente coronel que había perdido Antequera, Loja, Peñarrubia, etc., y al que el pueblo había querido *pasear*. Nos fuimos a cenar y me quedé a vivir en la Comandancia. Procuré hacerme con la tropa, salí al campo, y sobre el terreno les enseñé que había que batirse, pues se daba el caso insólido de que toda la retirada de Loja, Antequera, Peñarrubia, Estepona, etc., se había producido sola con un herido por nuestra parte. Chaqueteo y más chaqueteo, porque el Mando ordenaba las retiradas. Como primera providencia, puse el siguiente telegrama circular a todas las posiciones y columnas: «*El oficial que tenga orden de conservar su puesto, a toda costa lo hará, y yo le doy orden de que lo conserve cueste lo que cueste*».

La radio dió la noticia de mi llegada, no obstante haber dicho yo que nada se dijera. Como es natural, la aviación facciosa bombardeó tres veces al día siguiente y durante tres días seguidos.

MORAL DETESTABLE Y ELEMENTOS DEFICIENTES

La moral de nuestros aviadores era detestable; da idea de ello el que al reconvenir yo al jefe por no tener más que 80 bombas, me contestó: «No tengo repuesto, por no dejarle botín al enemigo». A los cuatro o cinco días metí en fuego sobre Peñarrubia a las fuerzas, para acostumbrarlas al combate de fusilería, y me llegaron 600 de la columna «Ascaso» de Madrid, compuesta de andaluces de la C. N. T., con Peña. Recuperamos Marbella, Ardales, Estepona, Manilva, Casares y Jimena, aunque todo prendido con alfileres. Dije al Gobierno que iba a restablecer la línea del Guadiaro, y fuí a visitar la escuadra. Marché en una gasolinera al «Libertad», por cierto en el momento en que la aviación enemiga bombardeaba la escuadra. Iba acompañado de Carro y tuve que coger el volante del timón, porque el patrón, muerto de miedo, lo había abandonado. ¡Pobre! Le di unos capones y le libré de que Carro le pegase un tiro.

Ya en el «Libertad», me avisté con Prado, jefe de Operaciones, que me dijo: «Cuanto tú me dices, lo he dicho en Madrid; Málaga, sin la escuadra está perdida; pero tengo orden de salir esta misma tarde, y yo te prometo estar de vuelta dentro de ocho días. Aguanta ocho días y luego ocuparemos cuanto tú quieras, incluso Cádiz. Volví a tierra deprimido, pero nadie me lo notó. Dije a la gente que la escuadra iba a hacer un desembarco en Cádiz, y me fuí a la Cárcel a impedir que se *paseara* a los presos en represalia a las bajas que nos había hecho el bombardeo. Lo conseguí, no sin tener que ponerme ante las masas. Menos mal que uno de los dirigentes se dirigió a mí, y me dijo: «Tú siempre igual. Me obligas a hacer lo que tú quieres. Pero no protejas más a la canalla». Era un muchacho a quien yo había hecho confederado en Ceuta el año 1931. Para evitarme la repetición de la escena, hice trasladar a los presos a bordo de un barco, que anclé a tres millas del muelle. Para un frente de 400 kilómetros tenía las fuerzas siguientes: El regimiento de Vitoria, mandado por un sargento y ni un solo oficial profesional; una pieza de 10'5 de campaña, seis de 10'5 de montaña, dos de 7'5, una de 7 y dos piezas de desembarco de la Marina, 10 ametralladoras y unos 4.000 fusiles de milicias, comunistas, socialistas y anarquistas, en organización caótica; guardias civiles, carabineros y de Asalto en descomposición y sin mandos, y para la defensa de 200 y pico de kilómetros de costas y dominar el Estrecho, dos destroyers —el «Ferrándiz» y el «Gravina»—, un submarino, dos «Uads» —el «Lucus» y el «Muluya»— y ocho aviones marcas «Vikers», «Bréguet» y «Nieu-

port 52». Pobres pajaritos, carnaza para los «Junkers», «Heinkel» y «Santa Marías» de los fascistas.

El aspecto de Málaga era el de una ciudad que atraviesa por una revolución proletaria, llevada a sus últimas consecuencias. La calle de Larios, que es la principal, con una casa sí y otra no quemadas por el pueblo, y los barrios aristocráticos de La Caleta y El Limonar, con casi una tercera parte de sus palacios señoriales derribados, casi todos saqueados, y muchos habitados por los refugiados de la provincia. Se ve perfectamente aquí el sentido de la Revolución; se ve el odio concentrado de un pueblo contra sus explotadores seculares; y así, se ve la destrucción por venganza, no por lucrarse, y cómo destrozan las riquezas y comodidades de un palacio, y vuelven a sus cuchitriles a dormir en el suelo. ¡No quieren nada de sus enemigos! Todo dirigido y en manos de los obreros; no se ve una sola corbata ni un solo cuello. Es el pueblo pobre el que manda desbordado. No tienen dirigentes, y la C. N. T. y la F. A. I., que son las más potentes, están dirigidas por quienes no son de Málaga: Peña, de Sevilla; Margalef, catalán; Lorda, de Morón; los hermanos Arcas, de Sevilla; Mora, Entrerez, ecétera, etc., todos llegados a Málaga después del levantamiento fascista.

No tengo oficiales profesionales, para nombrar ayudantes, ni secretarios, ni Estado Mayor. Forma mi Estado Mayor el Comité de Guerra: un médico, un cocinero, un motorista, un comerciante y un empleado. Es mi secretario un horchatero de Madrid, transformado en bombardero de aviación, y mandan las columnas del frente: Pelayo, empleado de la Radio Unión; Pedro López, salchichero de Ronda, de la F. A. I.; Garri, guardia de Asalto; Flores Jiménez, ex bandido de la sierra; D'Hancona, sargento de Inválidos; Sastre, capitán de Intervención retirado; el capitán Pyaya, Miguel Arcas, de la F. A. I.; Raya, de la F. A. I.; el teniente coronel Simón; Cruz, de la F. A. I.; Mora, de la F. A. I., y Recalde, ayudante en la Azucarera.

UN COMBATE AFORTUNADO PARA NUESTRAS FUERZAS

Relatadas por mí día por día las amarguras y sinsabores que pasé en Málaga, llenarían volúmenes de miles y miles de páginas; testimonios claros y contundentes quedan en el archivo de las conversaciones por teletipo sostenidas con el Gobierno y las Milicias de Madrid y que obran completas en poder de Leandro Carro y algunas copias interesantes que conserva Rafael Peña.

He de hacer constar que Málaga no tenía teléfono ni siquiera con Almería, y que la única comunicación era el teletipo, cuyo hilo era cortado casi tantes veces como bombardeaban. Me prometí a mí mismo triunfar, costase lo que costase, y a ello me entregué con toda mi fe revolucionaria.

Nombré una escolta de la Comandancia, compuesta por 20 destacados de la F. A. I. andaluza y avisé a mi mujer en Madrid, que viniese a Málaga. El día que salió la escuadra de Málaga para el Norte, llegó mi mujer, acompañada por Adolfo Barea y cinco anarquistas, en dos coches para escoltarla. Al día siguiente llegaron los camaradas comunistas Gerardo Cifrián y Antonio Tortosa, para quedarse también a mi lado en la Comandancia.

El enemigo, al enterarse de la marcha de la escuadra, pretendió un avance en regla por la costa. Con una columna desde Cortes de la Frontera y otra desde San Roque, ocuparon el pueblo de Gauchín, que fué abandonado por las fuerzas de Carabineros, sin hacer resistencia, por lo cual encarcelé al jefe y desarmé a la tropa. A los dos o tres días ocuparon

Casares, aunque se les hizo resistencia; entonces decidí tomar la ofensiva, y de noche ordené el ataque con unos 1.200 fusiles al mando del sargento Del Río, contra Casares, y envolviendo hacia Gaucín con la gente de Pedro López. Las fuerzas enemigas que actuaban en Casares, estaban compuestas de moros en su mayor parte. Se combatió bien y se copó a la gente de Casares. Durante ocho días se luchó contra tres columnas. Llegaron tropas incluso de Cádiz, Sevilla y Marruecos, y cuando ya estábamos dispuestos a cercar a la última columna frente a Manilva, y después de ocho días de fuego continuo de día y de noche, a las tres de la tarde apareció el «Cervera» con otro barco y cinco o seis aviones, que hicieron replegarse a nuestras fuerzas a Estepona y permitió al enemigo poder retirarse y retirar sus bajas. ¡Qué lástima! ¡Con lo bien que me había salido todo! Gracias a un cruce telefónico, mi secretario estuvo toda la primera noche —que fué la base de la destrucción de la columna enemiga de Casares— en conversación con el jefe de las fuerzas fascistas, haciéndole creer que nuestras tropas eran de la columna fascista que tenía que avanzar sobre Estepona, y que como ya la habían tomado, subían a Casares para ayudarles. Más de 1.500 bajas tuvo el enemigo; nosotros cerca de 200, pero como yo ya había anunciado al Gobierno, sin la escuadra nuestra y sin aviación en la costa, llevábamos las de perder, aunque gracias al valor de nuestra gente y a la audacia con que emprendí la ofensiva, el enemigo quedó tan quebrantado, que no pudo rehacerse en mucho tiempo. Queipo por la radio confirmó el golpe, pues se supo que llevaron a enterrar a Sevilla a quince oficiales.

EL ENTUSIASMO SE ESTRELLA CONTRA LA FALTA DE ELEMENTOS

Mis tropas de este frente quedaron desorganizadas, y pasé cuarenta y ocho horas de una amargura sin límites, pensando en que a un desembarco no tenía nada en absoluto con qué responder. Nos habían echado a pique a los «Uads», al destroyer «Ferrándiz» y el «Gravina» había huído a Casablanca. Una noche, San Martín, el jefe de la flota, me dijo: «Don Luis, los cruceros enemigos están frente al puerto; para impedir el desembarco yo no tengo nada más que ocho fusiles, el submarino «C-3» y bombas de mano que reparto a la marinería». Yo le contesté: «Pues muy bien; pon el submarino en la boca del puerto y cuando intenten el desembarco, los tiraremos al agua de cabeza». Yo disponía de dos cañoncitos de montaña de 10'5 y de 200 fusiles. Para ir describiendo suceso por suceso no habría tiempo ni paciencia para leerlos, pues sólo viviéndolos es posible darse cuenta de la magnitud de mis amarguras. Tuve que desarmar a casi toda la Guardia Republicana y nombrarles clases y guardias de jefes; tuve que desarmar a los carabineros, porque ellos me lo pidieron, con el pretexto de que eran muy viejos y no servían para la guerra, e incluso desarmé a guardias de Asalto por *chaquetear*. Y con todo esto, con una audacia sin límites mantuve la línea ocupando casi toda la provincia de Málaga, y parte de Granada, en donde llegué hasta Venta de Huelma y Agrón, a 11 kilómetros del Aeródromo de Granada. ¡Sin escuadra, sin armamento, sin tropas regulares, sin ametralladoras y con escasísimos cartuchos! Establecí que para cada fusil hubiera tres hombres, y como defensa antiaérea, yo con mi fusil me subía a la azotea de la Comandancia. ¡Setenta y seis bombardeos de la aviación enemiga soporté en mi estancia en Málaga con estas defensas antiaéreas!

El pueblo todo de Málaga estaba entusiasmado conmigo. Convertí en batallones a las milicias y a las centurias anarquistas; di al regimiento estructuración regular, organicé la Comandancia de Artillería, y también la fortifi-

cación de las posiciones. Hice la unificación de milicias y trabajé tanto, que los chacales politiqueros, creyeron que todo era pan comido y que ya no había peligro de zancadillear.

ZANCADILLA POLITIQUERA

Cuando conseguí un medio respiro y una confianza en la capacidad combativa del pueblo, envié al Chorro 1.000 kilogramos de trilita para, en último extremo, inundar la ciudad y su campiña, y provoqué una reunión en el Gobierno Civil, con el Comité de Guerra, el de Enlace y todos los representantes políticos, sindicales y fuerzas armadas. En la reunión expuse con toda crudeza la situación de agobio que habíamos pasado y que, si no tan agudizada, perduraba por la negativa del Gobierno a enviarnos armamento, ni elemento alguno de combate. Se me negaban fusiles, cartuchos, cañones y, lo que era la defensa efectiva de Málaga, la escuadra y la aviación.

Propuse como solución que se acudiese a la compra directa de armamento y a la inmediata constitución de una Junta de Defensa, como había hecho Cataluña. Los socialistas se opusieron a todo. Los republicanos, anarquistas, ugetistas y el elemento armado, se pusieron a mi lado. El representante comunista, saliéndose por los Cerros de Ubeda, dijo que con exigirme la responsabilidad a mí y al Comité de Guerra, estaba liquidado. Salté como una pantera y les dije que ni como militar ni como revolucionario admitía lecciones, y que antes que me colgasen a mí, los colgaría yo a todos ellos. El Comité de Guerra en pleno, dijo que se solidarizaba con toda mi obra y con lo que pudiera hacer. De esta reunión se levantaron actas, y en ellas, mejor que en ninguna parte, se ve la oreja politiquera de quienes confunden *el arte de gobernar a los Pueblos, con el arte de mangonear a los Pueblos.*

Empiezan los conciliábulos; idas y venidas a Madrid, con cotillerías contra mí, diciendo era un prisionero de la F. A. I. y que armaba a las unidades de la C. N. T. con el armamento de la Guardia Republicana, de los de Asalto y Carabineros. Esto no era cierto nada más que a medias, ya que el armamento que quitaba a los inútiles y traidores, lo utilizaba para armar en la misma proporción, las compañías de milicias socialistas y las centurias confederales.

Dirigí la vista a la marcha de la Revolución en el orden civil, y declaré zona de guerra hasta 30 kilómetros de la línea de fuego. Subordiné a los Comités de los pueblos a las necesidades de la guerra y ordené el fusilamiento de un Comité de ladrones. Prohibí los paseos, registros y detenciones hechas por indocumentados, y obligué a trabajar a los invertidos. Intenté abolir la prostitución y ordené el cierre de las casas de lenocinio. Por cierto que esto no le divirtió al gobernador civil. Intenté que se abrieran los grupos escolares y establecimientos de enseñanza, cosa que no conseguí. Impedí la exportación, y levanté la liebre de muchos latrocinios. Impedí la vergüenza de que los fascistas embarcasen en los barcos de guerra ingleses, para Gibraltar y para Tánger, y obligué a que los comandantes de los barcos de guerra extranjeros me saludaran en la Comandancia Militar, y naturalmente, sucedió lo que tenía que suceder: ¡Mi destitución!

Me cabía la gloria de ser el único caso, en que no sólo no perdí lo que se me encomendó defender: la Plaza de Málaga, sino que entregaba a la República la línea situada en la forma siguiente: 5 kilómetros al oeste de Estepona, Atajate, El Burgo, Puerto del Viento, Ardales, El Pantano, Gobantes, El Valle, Cortijo Camacho, Villanueva del Trabuco, El Torcal, Zafarraya, Alhama de Granada, Venta de Huelma y Agrón. Es decir, casi toda la provincia de Málaga y parte de la de Granada.

MI DESTITUCION Y UNA INTERESANTE CONVERSACION CON EL CONSUL DE INGLATERRA

Un buen día de primeros de noviembre dimos una comida de despedida al coronel Las Heras, por haber sido destinado como jefe de Sección de Personal del Ministerio de la Guerra. Por cierto que durante esta comida bombardeó Málaga la aviación facciosa. Después del acto me dirigí a mi despacho, donde encontré al cónsul y vicecónsul de Inglaterra. Estos señores tenían la pretensión de que permitiera yo el embarque en un buque de guerra británico de un crecido número de personas de derechas, con rumbo a Gibraltar. Yo les razoné, negándome a dar el permiso, y los convencí, hasta el punto de que el cónsul me dijo: «*Nosotros estaremos aquí, hasta que usted se vaya; y nosotros, en nombre de nuestro Gobierno, le hacemos la promesa de que si usted en caso de peligro, pide la ayuda de la escuadra británica, la escuadra acudirá, para impedir el exterminio de la población que pudieran intentar los fascistas*». La conversación la presenció Carro, que cuando se marcharon me dijo: «Eres un diplomático formidable, pués has doblado una baza inconcebible. ¿Y cómo harías para que viniera la escuadra inglesa?». Yo le contesté: «Le pondría un radiograma al comandante militar de Gibraltar, que lo captaría el Mundo entero, y no te quepa duda que Inglaterra no se atrevería a incumplir la promesa hecha por un representante del Gobierno».

Al terminar de cenar me llamó el telegrafista de servicio para que acudiera al teletipo. Llegé al teletipo y me dijeron: «Recibirá un telegrama. Descifre V. S. personalmente». El telegrama era mi destitución. En forma de apéndice, uniré el texto del telegrama, y los que con este motivo se cruzaron, así como otros documentos que aclararán las razones y fundamentos de la zancadilla politiquera.

Llamé a Carro y le pedí consejo. Aunque quise guardar secreto fué imposible. El revuelo que se armó fué enorme; me vi y me deseé durante cuarenta y ocho horas para evitar una hecatombe. Se me dijeron las cosas más disparatadas. Se me llegó a amenazar con fusilarme si intentaba marcharme; y yo en mi soledad, lloraba de rabia viendo cómo en el fondo no era todo más que otra modalidad del ataque enemigo, que desde el primer momento de la insurrección había estado mucho más acertado en sus ataques políticos de retaguardia que en sus empujones del frente. Dominé la situación, convencí a todos; y a los tres días pude tranquilamente abandonar la Comandancia Militar y trasladarme a un hotel del Limonar, en donde estaba el Cuartel General de la F. A. I.

A los ocho días, salí para Almería y Los Alcázares con mi mujer, en donde con Ortiz, me instalé en una casita-pabellón, en compañía de los compañeros de la C. N. T. José Lobato, Antonio Lobato y Juan López, que ya me siguieron a todas partes.

Antes de salir de Málaga impedí que fusilaran al gobernador civil y al Comité de Enlace. El pueblo creía que eran los causantes de mi destitución. Ellos quizá no sepan hasta el momento en que lean estas líneas, que a mi decisión y a mi audacia, deben el tener la cabeza sobre los hombros.

LUIS ROMERO

Albacete, enero de 1937.

APÉNDICE

MINISTERIO DE LA GUERRA.—Estado Mayor.—Organización.—Para que se dé cumplimiento en las fuerzas a sus órdenes, se remiten copia de las disposiciones dictadas prohibiendo la existencia de Comités.—Madrid, 24 de septiembre de 1936. MANUEL ESTRADA. — Sr. Teniente coronel Romero Bazarts.—Málaga. COPIA QUE SE CITA N.º 1.—Los mandos militares, si han de responder en todo momento ante la República del ejercicio de su función, es indispensable que gocen de la libertad de acción subordinada a las directrices que se les indiquen.—Esta libertad de acción no permite intromisión extraña que con grave daño del servicio, socava primero y destruye más tarde la disciplina consciente que el pueblo en general y su elemento armado en particular, han de sentir firme en su corazón en los momentos actuales.—La confianza en las decisiones del Mando, todas conducentes a destruir al enemigo del Pueblo, deben ser la base de los que se honran defendiendo con las armas en la mano el Imperio de la Justicia y de la Razón, y, por tanto, no es tolerable en modo alguno la existencia y funcionamiento de Comités de Clases y Soldados dentro de las fuerzas regulares ni del Ejército voluntario, que en este momento se organiza.—Por lo tanto, en el caso de existir en alguno de los Cuerpos o Dependencias de su Mando Comités de tales clases, serán disueltos inmediatamente, no tolerándose en modo alguno que mediaticen el Mando que hoy anulan, tomando cuantas medidas sean conducentes a conseguir el fin que se indica.—Madrid, 20 de septiembre 1936. COPIA QUE SE CITA N.º 2.—Telegrama fecha 21 septiembre 1936.—MINISTRO GUERRA a los generales de divisiones.—En Orden Ministerial del 20 del actual, se consideran incluídas organizaciones análogas a las que se citan, las de oficiales y de suboficiales.

CONTESTACION A ESTOS OFICIOS.

El escrito reservado de fecha 20 septiembre, que hoy llega a mi poder referente a los Comités responsables que están organizados, en los distintos Cuerpos armados. Aquí, en donde la oficialidad profesional por inútil o por enemiga del Pueblo, ha fallado por completo, los Comités de Institutos de Carabineros y Guardia Republicana son los únicos que ofrecen una mínima garantía para nombrar los jefes que respondan a un poco de confianza en su lealtad. En el Regimiento de Infantería no existe Comité, porque tampoco no existe un solo oficial procedente de Academia y, por lo tanto, la confianza en los mandos es absoluta.

En Artillería y en el resto de las fuerzas del Ejército, tampoco existen Comités de control, porque los oficiales profesionales son considerados por todos como defensores del Pueblo y de la República. Es decir, que hoy por hoy y hasta tanto no se limpien de traidores los cuadros de mandos de los Institutos de la Guardia Republicana y de Carabineros, los Comités de Soldados y Clases son necesidad debida, que ya se ve por la práctica que los Comités desaparecen en cuanto el Mando por su proceder demuestra que no necesita control de nadie.

En los pocos días (catorce que llevo al frente de esta provincia) se han pasado al enemigo un capitán y dos tenientes de la Guardia Republicana y han sido detenidos un capitán y un teniente de Carabineros; otro capitán de Carabineros ha sido trasladado a Valencia por abandonar posiciones sin intentar apenas la más mínima resistencia.

Los oficiales de la Guardia Republicana que se pasaron al enemigo fueron enviados desde Madrid como de confianza para el régimen republicano. Para la desaparición de los Comités de los indicados Institutos, considero necesario la total desaparición de los mismos, pues he podido comprobar que de toda la oficialidad profesional, sólo es utilizable un 1 por 1.000 por ser los restantes inútiles o traidores.

Doy cuenta de este escrito a Gobernación y Hacienda, de quienes dependen directamente.—El comandante militar, LUIS ROMERO.

COPIA DE UN TELEGRAMA.—Madrid, a las 20'40 horas.—Comandante militar Málaga a ministro de Industria y Comercio.

He ordenado se suspenda exportación por este puerto con dirección al extranjero de limones, pasas y otros productos que seguramente son necesarios en el resto de la España republicana y que dada la situación del Centro de Contratación de Moneda en la balanza comercial, representa un verdadero regalo el envío de estos productos, ya que su importe queda para amortizar la diferencia que existe en contra nuestra con la mayor parte de países de la Europa Occidental y Norte, y, por lo tanto, el pago en oro de las mercancías no llegadas a nosotros, privándonos de as divisas oro necesarias para la adquisición de nuestras necesidades actuales y futuras.

Le ruego instrucciones concretas y precisas para actuar.

CORONEL ROMERO A GENERAL SUBSECRETARIO GUERRA MADRID.—Acuso recibo su telegrama cifrado y para su mejor cumplimiento, hago entrega del mando al coronel de Infantería don José Simón Calcaño, destinado en esta Comandancia, en tanto se incorpora el nuevo comandante militar.

SECRETARIO COMITE REGIONAL ANDALUCIA A MINISTRO DE JUSTICIA.—Ante marrullería política de elementos indeseables en lucha de zancadilla contra comandante militar, nuestra Organización toma el acuerdo de abandonar todos los frentes de la provincia de Málaga, caso Gobierno no revoque orden de relevo.—RAFAEL PEÑA.—Hay un sello COMITE PERMANENTE DE ENLACE. CONTROL MILITAR.

Valencia de Málaga.—Confederación Regional de Levante C. N. T.—En nombre de Organización Confederal de esta Región de Andalucía solicitamos incondicionalmente apoyo de media Columna de Hierro, para salvar peligro que amenaza pérdidas irreparables que todos lamentaríamos. — COMITE REGIONAL.

Madrid. — Málaga, al Gobierno de la República Madrid. — Reunidas las Organizaciones que se expresan y cuantas Delegaciones figuran en el presente, declara acatar las órdenes del Gobierno en la concerniente a la destitución del comandante militar de esta Plaza, coronel Romero, proponiendo

se le mantenga en su puesto entre tanto se nombra por ese Gobierno un delegado que investigue e informe verazmente sobre la actuación de dicho coronel, que en nuestro concepto ha desarrollado una beneficiosa labor en esta provincia.—Cuadros de Defensa de la C. N. T.—Comités de Milicias.—Regimiento núm. 8.—Federación Local de la U. G. T.—Federación Local de la C. N. T.—Confederación Regional del Trabajo de Andalucía y Extremadura.—Comité de Guerra de Málaga.—Partido Comunista.—Juventudes Unificadas.—Izquierda Republicana.

PROCLAMA DE DESPEDIDA.

Al Pueblo Antifascista de Málaga y su Provincia. A los combatientes en armas contra el fascismo y a los de retaguardia. A todos los hombres y mujeres. Salud. Salud a todos.

Al dejar el Mando que el Gobierno, suprema autoridad del Pueblo, me confirió el día 18 de septiembre, me llena de satisfacción el poder deciros: «HE CUMPLIDO A MI PLENA SATISFACCION MIS DEBERES REVOLUCIONARIOS PARA CON VOSOTROS». Me marcho y al marcharme os pido que sigáis firmes en la lucha como hasta ahora.—Que la Málaga y su provincia antifascista, que hasta el presente ha sido guión en la Revolución, tiene reservada la misión excelsa de poner remate a la aventura suicida de la reacción.

Contad siempre que vuestro camarada que os ha guiado durante mes y medio, seguirá como hasta ahora, siempre en la brecha; y de despedida momentánea, mis saludos revolucionarios.—El Camarada, coronel Romero.

Otro telegrama.—Alcázares.—Málaga. Reunidos los delegados de centurias y batallones de la C. N. T., F. A. I. y U. G. T. en Asamblea extraordinaria acuerdan por unanimidad pedir su incorporación fuerzas como asesor técnico de las mismas a la Comandancia de Milicias Unificadas.—Por el Comité Regional de Defensa. LORDA.

Precio 15 Cts.